



XXX

Mis ocupaciones

SIN embargo, durante ese mismo verano, me aproximé bastante más que antes á las muchachas, y esto principalmente á causa de la pasión por la música que se despertó en mí. Tuvimos un día la visita de un vecino, un joven que, apenas hubo entrado en el salón, fijó su mirada en el piano y ya no la apartó de allí, hasta que, hablando del tiempo y de las dulzuras de la vida en el campo llevó la conversación á cosas de música, declarando finalmente que él tocaba, y acercando al piano una silla, tocó con una viveza extraordinaria y seguidamente tres vales. Mientras estuvo tocando, Mimi, Katenka y Lubotchka permanecieron á su lado mirándole atentamente. Después, ya no volvió este joven á casa, ni siquiera una vez; pero su manera de tocar, su actitud delante del piano, su modo de sacudir la cabeza de vez en cuando mientras tocaba y singularmente su manera de tomar las octavas con la mano izquierda, separando rápidamente el dedo pequeño y el pulgar, para juntarlos luego lentamente y separarlos de nuevo, me plugo mucho, á no poder más. Su ademán gracioso, su actitud de estudiado descuido, la agitación desordenada que imprimía á sus cabellos y la atención que las damas concedían á su talento, decidieronme á aprender también el piano, y llevado de esta idea y convencido de que tenía talento y pasión por la música me puse á estudiar, en lo cual obré como hacen millares de personas, hombres y mujeres,

que quieren aprender música sin un buen profesor, sin vocación verdadera y sin la menor idea de lo que es el arte y de lo que es preciso hacer para lograr algún provecho. Para mí la música, ó mejor dicho, el piano, no era más que un medio de causar cierto efecto en las niñas mediante mi sentimentabilidad. Con ayuda de Katenka aprendí el solfeo, y ejercitando mucho mis manos poco hábiles, en lo cual empleé dos meses con un verdadero celo, de tal manera que en la mesa y en la cama, sobre las rodillas y sobre la almohada no hacía mas que ejercitar mis dedos nada obedientes, empecé á tocar pronto algunos trozos de música, *con alma*, según decir de la misma Katenka, pero sin medida y sin compás.

La elección de los trozos es bien conocida, vales, polkas, romanzas, arreglos... todo procedente de esos amables compositores de los cuales todo hombre sensato dirá al considerar sus obras: «He aquí la música que no hemos de tocar jamás, pues nunca se ha escrito nada peor sobre papel de música», y, sin embargo, esto es lo que hallaréis más comúnmente sobre el piano de todas las señoritas rusas. Verdad es que teníamos también en casa las malhadadas *Sonatas patéticas* de Beethoven, destrozadas lastimosamente por toda clase de jovencitas, y que Lubotchka tocaba alguna vez en recuerdo de nuestra madre, como teníamos también otras cosas buenas que le había dado su profesor de Moscova, como asimismo había algunas obras de ese profesor, marchas absurdas y polkas infernales que tocaba también mi hermana.

A Katenka y á mí, sin embargo, nos gustaban mucho más las cosas alegres que las serias, prefiriendo á todo *El Ruiseñor*, que Katenka tocaba de tal manera que ni se le veían siquiera los dedos, tal era su correr por encima del teclado. Empecé á tocar bastante bien, y entonces procuré imitar los gestos y la actitud del joven, y muchas veces lamentaba que no hubiese en casa gente forastera para poder admirarme;

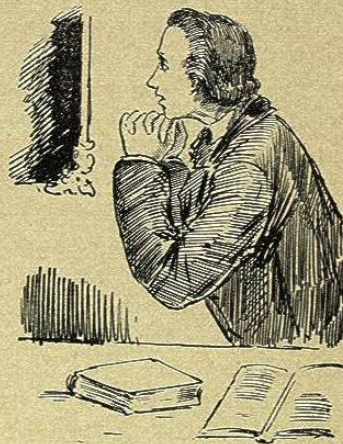
sin embargo, pronto dí con música bastante más difícil, que me demostró que me sería algo difícil hacerlo mucho mejor que Katenka. Esto me hizo creer que la música clásica había de serme



más fácil, y un poquito también por aparecer original, me decidí de pronto por la música alemana, declarando que la prefería á toda, y me entusiasmaba cada vez que Lubotchka tocaba la *Sonata patética*, aunque á decir verdad, estaba ya harto de esta música desde hacía mucho tiempo. A través de todas esas hipocresías y simulaciones, pienso que había, sin embargo, en mí algún talento musical, pues algunas veces me impresionaba con tanta fuerza la música que llegaba á hacerme derramar lágrimas, y además, sin ayuda del piano, muchos trozos de música difícil los recordaba con la más perfecta claridad, de manera que si, en aquella época, alguien me hubiese guiado y me hubiese enseñado la música, no como un medio para hacerme admirar de las muchachas, sino como una cosa realmente seria, tal vez llegara á ser un buen músico.

La lectura de las novelas francesas, que Volodia se trajo consigo en regular número, fué mi segunda ocupación durante ese verano. Entonces acababan de salir *El Conde de Monte-Cristo* y diversos *Misterios*; y me absorbí en la lectura de Sué, de Dumas y de Paul de Kock. Los personajes y los sucesos más extraordinarios eran para mí lo mismo que ciertos y reales, y no tan solamente no me atrevía á culpar al autor de mentiroso, sino que la personalidad de éste desaparecía á mis ojos, y no veía en el libro sino hombres vivos, acontecimientos reales. Y si bien no había aun encontrado personajes como los de las historias que leía, ni un momento dudaba de poderlos encontrar en el instante más impensado. En mí hallaba todos los caracteres descritos y una gran semejanza de carácter con los héroes y los malhechores de cada una de las novelas, como un hombre excesivamente temeroso é impresionable, al leer un libro de medicina, halla en sí mismo los indicios todos de las enfermedades que el autor describe. En estas novelas, lo que más me gustaba eran las ideas delicadas, los sentimientos ardientes, los sucesos sobrenaturales y los caracteres todos de una pieza: si malo, malo del todo; si bueno, bueno sin atenuantes, es decir, cómo yo me imaginaba ya á los hombres en mi infancia. Lo que me encantaba más que nada en mis lecturas era que todo eso estaba en francés y que podía guardar en la memoria, para lucirme cuando fuese ocasión, las frases nobles y levantadas que pronunciaban mis héroes favoritos. Con ayuda de esas novelas, inventé no pocas hermosísimas frases que diría al señor de Kolpikov, si alguna vez llegaba á encontrarle, ó con las cuales podría hacerle á ella mi declaración si la hallaba como era de esperar en mi camino. Y tales cosas pensaba decirles que de fijo quedarán muertos con sólo oírme. Con las novelas se desenvolvió en mí un nuevo ideal de las

cualidades morales que hay que tener. Ante todo quería aparecer *noble* en todas las cosas, pero *noble* en el sentido que tiene en francés esta palabra; luego, deseaba ser *apasionado*, y finalmente, deseo ya antiguo en mí, aparecer en todo *comme il faut*. Hasta en mi exterior y en mis maneras trataba de parecerme á los héroes que tenían esas cualidades. Recuerdo que en una de las novelas, no sé cuál, pues las leí á centenares, había un protagonista extremadamente apasionado, el cual tenía las cejas muy espesas, y tanto quise parecerme con él exteriormente, en lo moral ya me sentía igual á él, que al mirarme un día las cejas en el espejo, se me ocurrió la idea de cortármelas para que me crecieran luego más espesas. Pero sucedió que cortando, cortando, me quedé al fin sin cejas, de modo que con horror me ví en el espejo, gracias á mi malhadada operación, más feo que antes. Esperando, sin embargo, que pronto podría lucir unas bien pobladas cejas, ya no me inquieté sino por la explicación que habría de dar á los míos en cuanto me viesen de aquel modo. Tomé un poco de pólvora de Volodia, me froté con ella las cejas y les pegué fuego... la pólvora no prendió, pero quedé en realidad pareciendo que me había quemado, y con esto logré disimular mi treta para llegar á tener las cejas de un hombre *apasionado*. Y en efecto, cuando había olvidado ya á todos mis héroes más ó menos apasionados, mis cejas crecieron de nuevo más espesas que antes.



XXXI

Comme il faut

MUCHAS veces ya, en el curso de esta narración, he aludido al concepto que corresponde á esta expresión francesa: *comme il faut*, y en este momento tengo necesidad de dedicar un capítulo entero á este concepto, que fué en mi existencia una de las más grandes mentiras que me inspiraron la educación y la sociedad.

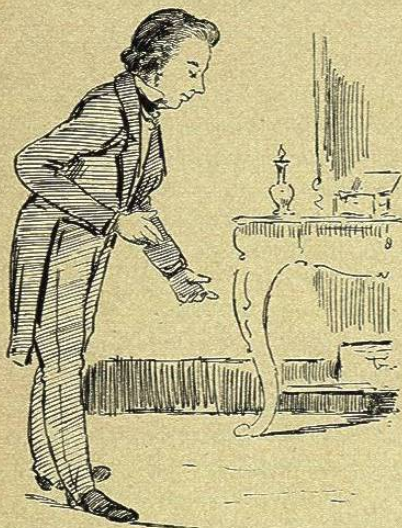
Se pueden establecer entre los hombres muchas divisiones: ricos y pobres, buenos y malos, militares y paisanos, inteligentes y tontos... Pero cada hombre se fabrica para su uso particular una especial clasificación, en la cual mete, quizás inconscientemente, á todas las personas que va conociendo.

Mi clasificación principal y la preferida en la época á que me refiero, comprendía tan sólo dos grandes grupos: el de los hombres *comme il faut*, y el de los hombres *non comme il faut*. El segundo grupo dividíase de este modo: los hombres propiamente *non comme il faut*, y lo que yo llamaba la *plebe*. Estimaba yo mucho á los hombres de veras *comme il faut* y creía digno tener con ellos relaciones de igualdad; fingía despreciar á los de la segunda categoría, pero en realidad les odiaba y sentía hacia ellos como un sentimiento de mi propia personalidad herida; en cuanto á los de la tercera clase, para mí ni siquiera existían. Mi *comme il faut* consistía primera y principalmente en el perfecto

conocimiento y sobre todo en la correcta pronunciación del francés. La persona á quien oía pronunciar mal la lengua francesa, excitaba fuertemente en mí un gran sentimiento de odio. «Por qué quieres hablar tú como nosotros si no sabes?» le preguntaba yo mentalmente y con una sonrisa despreciativa en los labios. La segunda condición para mí consistía en tener las uñas largas, bien cortadas y limpias. La tercera, saber saludar, bailar y hablar. La cuarta condición, muy importante, consistía en demostrar indiferencia por todo y la perfecta expresión de un gran aburrimiento. Además, me servía de indicios generales con ayuda de los cuales, sin hablarle siquiera, ya sabía en qué categoría meter á todo aquel que se me pusiese por delante.

Lo extraño es que este concepto del *comme il faut* se ajustase de un modo tan absoluto en mi espíritu, pues yo era de una incapacidad absoluta para observarlo, aunque lo probable es que tomase tan hondas raíces en mí precisamente por el gran trabajo que su adaptación me exigía. Me horroriza ahora recordar el tiempo precioso que perdí, el mejor de la vida de un hombre de dieciséis años, esforzándome por adquirir todas esas vanas cualidades. En todos aquellos á quienes yo imitaba, Volodia, Dubkov y los demás jóvenes á quienes trataba, parecía todo ello una cosa natural. Los miraba con verdadera envidia, y procurando que no me viese nadie, yo estudiaba la lengua francesa, el arte de saludar sin mirar á quien se saluda, el arte de conversar y el baile; me esforzaba en demostrar indiferencia por todo y un gran aburrimiento; cuidaba mis uñas, y aunque llegaba á cortarme la carne con las tijeras, me parecía que mucho me faltaba aun para alcanzar la perfección. También hacía todos mis esfuerzos para tener el cuarto bien arreglado, pero no lo alcancé jamás, debido á mi poco gusto por las cosas prácticas. Y mientras tanto, yo notaba que en los otros todo marchaba perfectamente, sin el menor esfuerzo por su parte. Recuerdo que una vez, después de haberme tomado un trabajo penoso é inútil con mis uñas, pregunté á Dubkov, quien poseía unas uñas hermosísimas, si hacía mucho tiempo que las tenía así y qué era preciso hacer para lograrlo, Dubkov me contestó: «Hasta donde llegan mis recuerdos, las he tenido siempre igual, y no comprendo cómo podrían ser de otro modo las uñas de un hombre distinguido». Esta respuesta me desesperó en grande. Yo ignoraba todavía entonces que una de las condiciones principales del *comme il faut* consiste en no descubrir los medios por los cuales se alcanza. Y todo esto era para mí entonces, no tan sólo un mérito importante, una buena cualidad, la perfección que tanto quería

obtener, sino también condición necesaria de la vida sin la cual no era posible ni la dicha, ni la gloria, ni nada en el mundo. No estimaba á un artista célebre, ni á un sabio, ni á un bienhechor de la humanidad, sino era *comme il faut*; y el hombre que lo fuese estaba muy por encima de ellos; les dejaba pintar cuadros, hacer música, escribir libros, lo que quisieran y hasta los alababa por ello, —por qué no alabar lo hermoso donde quiera que se halle?—



pero siendo él *comme il faut*, y no siéndolo ellos, no podía ponerse á su mismo nivel, les era superior. Paréceme hasta que si mi hermano, ó mi padre, ó mi madre no hubiesen sido *comme il faut*, yo hubiera tenido esto como una gran desdicha, mas declarara que entre ellos y yo no podía haber nada común. Pero ni la pérdida del tiempo precioso que empleé en lograr esas cualidades, las cuales excluyen toda ocupación seria, ni el odio y el menosprecio que inspiran hacia las nueve décimas partes de la humanidad, ni la falta de atención por todo el bien que se hacía fuera del círculo convencional trazado por mí, nada de esto fué en realidad el peor

mal que me causó esta idea. El mal principal fué en mí la convicción de que el *comme il faut* era una situación privilegiada de la sociedad, que el hombre no debe tratar de ser un funcionario, un fabricante, un soldado, un sabio, cuando es un hombre *comme il faut*, pues habiendo alcanzado esta situación cumple ya con su destino y se hace hasta superior á la inmensa mayoría de los hombres.

En cierta época de la juventud, después de muchos errores y de haber seguido algunos falsos caminos, que ha debido enseguida abandonar, todo hombre generalmente se halla en la necesidad de tomar una parte activa en la vida social, y escoge una rama cualquiera del trabajo y se consagra á él. Pero con un hombre *comme il faut* esto no sucede casi nunca. He conocido y conozco

aun á muchos hombres ya viejos, orgullosos, ambiciosos, de juicio severísimo para los demás, y á quienes si en el otro mundo se les preguntaba: «Quién eres? Qué has hecho allá abajo?» no podrían contestar sino con esta frase: He sido un hombre *comme il faut*.

Y he aquí, ni más ni menos, la suerte que me espera.